

Lamberto Sanz Esteras

2014

LOS QUE FUIMOS AL COLEGIO Y TAMBIÉN A MISA



PRIMERA PARTE:

Los chicos que fuimos al Colegio a finales de los años cuarenta y durante la década de los cincuenta, del pasado siglo XX.

Al colegio entrábamos con seis añitos cumplidos, naturalmente como párvulos, algunos a las Escuelas Nacionales y otros cuantos a los gratuitos en el Colegio de la Inmaculada de los PP. Escolapios. Nuestras madres nos acompañaban siempre a la entrada y nos esperaban a la salida, para llevarnos de nuevo a casa.

En esa fase comprendida entre los seis y los doce o catorce años, los educadores que nos impartían clase eran profesores, no sacerdotes. Ellos eran D. Nicasio, D. Luis, D. Justino, D. Cipriano y D. Francisco; el primero de ellos ya mayor, pero los otros cuatro, jóvenes que no hacía mucho tiempo habían obtenido su título de magisterio. Entrando al colegio por la puerta principal, las aulas estaban situadas en un pasillo, a la izquierda, que finalizaba en la carpintería y quedaba frente a la vaquería; las ventanas daban a un angosto patio triangular aledaño a la calle de Leganés, donde se guardaban las pocas bicicletas de los alumnos que venían de Leganés. En las dos aulas estábamos mezclados chicos de diferentes edades, con una cierta separación ya que había un aula de mayores y otra de pequeños, es decir los de párvulos y los de enseñanza primaria. Algunos años más tarde estas aulas de gratuitos fueron trasladadas a un nuevo edificio que se construyó en la calle del Padre Felipe Estévez, esquina al paseo de Calvo Sotelo, donde también, por las tardes después de clase, se adiestraba a alumnos voluntariosos en el aprendizaje de oficios casi olvidados, como el repujado de cuero, etc.

La estructura del colegio era una magnífica obra de arquitectura para aquellos tiempos cuya construcción databa de 1609, habiendo sido regentado por los Escolapios desde principios de 1737. Disponía de aulas bien preparadas, comedores, dormitorios para los alumnos internos con lavabos, duchas y retretes; también para los seminaristas; carpintería con un par de empleados, sastrería, vaquería, horno con carbonera y leñera; grandes comedores con amplias cocinas; huerta rodeada por almendros, higueras y parras; un hermoso parque, con jardines y árboles centenarios, dos campos de fútbol, uno de baloncesto y hasta un frontón; biblioteca, dos capillas interiores, y la preciosa Iglesia, presidida en su altar mayor por una majestuosa imagen de la Inmaculada Concepción, a cuyo patronazgo están dedicadas las Escuelas Pías, flanqueada por las dos imponentes imágenes de los apóstoles San Pedro y San Pablo. También figuraban, en los cuatro altares laterales, las imágenes de San Joaquín y Santa Ana, San Pompilio, San José de Calasanz, un Sagrado Corazón de Jesús y un Jesús Nazareno del Rescate. Un precioso cuadro de la Virgen del Perpetuo Socorro, el púlpito en la salida desde la sacristía, que luego fue trasladado junto al altar mayor, a la derecha y por delante de la imagen de San Pedro; media docena de confesionarios de madera y el gran coro, en la parte superior trasera de la nave de la Iglesia. Todo el conjunto de estancias que conformaban el gran edificio del Colegio contaba con una buena instalación de calefacción y agua caliente. No podemos pasar por alto la existencia del Salón de Actos, una hermosa sala con una buena pendiente en el patio de butacas, para poder disfrutar de la representación de sencillas obras de teatro; para celebrar la entrega de diplomas a final de curso, y para la proyección de películas en blanco y negro.

LOS QUE FUIMOS AL COLEGIO Y TAMBIÉN A MISA

Antes dije que nuestros educadores, tanto en párvulos como en la enseñanza primaria, eran profesores, o sea maestros, pero hay que decir que los curas también tomaban parte en nuestra educación, especialmente en la parte religiosa, para lo cual nos llevaban a misa, al rosario y a las letanías; todos juntitos formando dos largas filas y en silencio, hasta llegar a la Iglesia del Colegio. Los curas nos preparaban para tomar la “primera comunión”. Nos confesaban e incluso nos enseñaban concienzudamente para entonar cantos religiosos; algunos chiquillos con voz especialmente afinada, llegaron a formar parte de una escolanía dirigida virtuosamente por el joven Hermano Gonzalo. En honor a la verdad debo decir que no recuerdo una sola ocasión en que nos hicieran entonar cantos de tipo patriótico, como entonces se hacía en las Escuelas Nacionales. Había un sacerdote, con el título de “padre prefecto”, al que se le encomendaban las labores de disciplina y formación de los alumnos externos; por aquel entonces era el padre Eugenio el encargado de tales tareas, un buenazo con mucha paciencia.



[18 de mayo de 1950] Para hacer la “primera comunión” los curas regalaban un trajecito de color gris con pantalón corto y un par de zapatos, a los niños que lo solicitaban.

El primer año en párvulos la pizarra y el pizarrín, con un trapito blanco para borrar; también el cuaderno de caligrafía, otro cuaderno de dos rayas, con las tablas de multiplicar en la contraportada. Los años siguientes con la Enciclopedia de Álvarez y el Catecismo del Padre Ripalda entre manos. Luego, cumplidos ya los diez años, algunos pasábamos a estudiar la enseñanza secundaria, o sea el Bachillerato; los primeros años con las rústicas carteras repletas de libros de texto; la casi totalidad de ellos, desde los de Religión hasta los de Matemáticas y Física, pasando por los de Lengua, Filosofía y Latín, así como los de Geografía e Historia, eran Textos E.P. (léase Escuelas Pías). Entre ellos podían colarse unos tebeos del Guerrero del Antifaz y algunos cromos. Todas las aulas estaban presididas por un crucifijo, colocado siempre en el centro de la pared principal, bajo el cual destacaba una gran pizarra negra, en la que tratábamos de resolver los problemas de álgebra y trigonometría, utilizando aquellas barritas de tiza de yeso, cuyo polvo blanquecino nos saltaba a la ropa dejándola mancillada.

LOS QUE FUIMOS AL COLEGIO Y TAMBIÉN A MISA

Si bien semejantes, los alumnos éramos desiguales; los habíamos de distinta condición y pelaje, claro está, unos pagando y otros con beca; unos internos y otros externos; unos estudiando, otros simplemente atendiendo en clase; unos ayudando a misa como monaguillos, otros siguiendo la liturgia con más o menos devoción; unos “fumándose” algunas clases, los más formales asistiendo metódicamente. Algunos con un bocadillito, o con una pieza de fruta, para tomar durante el recreo; la gran mayoría sin nada que llevarse a la boca. Todos, absolutamente todos, con el pelo bien cortado y peinado a raya. Los zapatos no demasiado limpios ¡qué caramba! estábamos en Getafe, afamado pueblo de la provincia de Madrid, por sus aviones, por sus cuarteles, por sus fábricas, por sus colegios, también por el Cerro de los Ángeles, pero sobre todo: por las calles llenas de barro.



[Grupo de alumnos de 3º de Bachiller. Curso 1954-1955]

Todas las mañanas a primera hora, después de pasar lista, íbamos a misa. A la capilla que había en el segundo piso. La misa naturalmente era oficiada en latín, con el sacerdote de cara al Sagrario y de espaldas a nosotros. No comulgábamos, pues ya habíamos desayunado en casa y para poder comulgar teníamos que estar en ayunas desde las doce de la noche del día anterior. *Ite misa est. Deo gratias*. Acabada la misa bajábamos a la planta principal, donde se encontraban las aulas, y a empezar las clases.

¡Ave María Purísima! decía el cura al entrar en el aula. ¡Sin pecado concebida! contestábamos, puestos en pie, todos los alumnos a coro. Nos sentábamos en nuestros lugares, el cura pasaba lista, y acto seguido comenzaban las clases.

Estudiar, no sé muy bien lo que estudiaríamos; algunos un poco, otros bastante, y la gran mayoría más o menos; lo suficiente para aprobar raspando con un cinco. Pero jugar, lo que se dice jugar, jugábamos un montón.

LOS QUE FUIMOS AL COLEGIO Y TAMBIÉN A MISA

El recreo era una válvula de escape, salíamos al parque disparados, y casi como enloquecidos nos disponíamos a jugar: al fútbol, al frontón, al tin-pelota, a pídola, a luz camarera, a las bolas. Y en las frías mañanas del duro invierno a la guerra de bufandas, enrollándolas como si fuera una gran trenza, y unos contra otros ¡a bufandazo limpio!

Nada más salir al parque estaban los jardines; al principio de ellos un parterre con un pequeño estanque construido con escorias de carbón, escogidas en la cercana estación de ferrocarril. En el centro del parterre una estatua, la única estatua que había en todo el Colegio: era la del Padre Scio. Todos los chicos la conocíamos e incluso muchos nos hemos sacado fotografías junto a ella. Pero lo que muy pocos alumnos conocen es que el padre escolapio Felipe Scio de San Miguel, segoviano, nacido en la Granja de San Ildefonso, de ascendencia griega, fue el primer traductor de la Biblia Vulgata de San Jerónimo al castellano, a instancias de S.M. el rey Carlos III; publicada en latín y en castellano, con todo lujo de detalles, láminas y notas aclaratorias.



[11 de abril de 1957. Finalizados unos Ejercicios espirituales, un numeroso grupo de alumnos externos, de varios cursos, posa ante la estatua del Padre Felipe Scio]

Limitando al norte por el paseo de Calvo Sotelo, que bordeado de acacias y algarrobos llevaba a la Estación Corta, dejando a la izquierda el Colegio de la Divina Pastora, estaba el gran parque, escenario de los juegos de los muchachos. El parque era un lugar mágico e ilusionante, especialmente para los chicos que vivíamos cercanos al Colegio. Además de los dos campos de fútbol y el de baloncesto, poseía unos preciosos jardines con un frondoso arbolado y hasta un estanque, que había a continuación de la hermosa huerta. Incluso fuera del tiempo de curso nos colábamos en él, por entre las rejas que lo rodeaban, para coger lilas, para perseguir a los pajarillos que anidaban entre sus ramas, o para darnos un corto chapuzón en el estanque; siempre intentando burlar la vigilancia de Benito el jardinero. Tal era la atracción que el parque nos producía.

Los jueves por la tarde no teníamos clases, por lo que la dedicábamos a jugar con otros chicos, en nuestros barrios respectivos, en lugar de ponernos a estudiar y repasar. Bueno, me consta que algunos aplicados alumnos sí lo hacían.

LOS QUE FUIMOS AL COLEGIO Y TAMBIÉN A MISA

Los sábados por la tarde nos llevaban a la Iglesia del Colegio, para rezar primero el Santo Rosario y después las Letanías a la Virgen, en latín naturalmente, al igual que el canto de la Salve, o sea el *Salve Regina*.

Por la tarde, a la salida del Colegio, especialmente los sábados después del rezo del Rosario y las Letanías, se producía un hecho realmente alucinante: todos los chicos, principalmente los más pequeños, salíamos corriendo y gritando desafortadamente, formando un espectáculo realmente impresionante; un clamor colectivo que se podía oír a más de cien metros de distancia y que todavía hoy continúo preguntándome por qué ocurría semejante espantada. La respuesta más simple que se me ocurre, es que era una descomunal explosión de júbilo, combinada con una brutal liberación de adrenalina.

Los domingos por la mañana, teníamos que asistir obligatoriamente a Misa de diez. Los curas pasaban lista. Muchas de las madres también asistían, y al finalizar, cuando éramos pequeñajos, nos llevaban de paseo por la calle Madrid, para comprar algunas golosinas, en los puestos que regentaban: “la Chata”, “la Fernanda” y “la Seve”.

Durante el mes de mayo, las actividades en el Colegio cambiaban un poco. Era el mes de las flores y los curas nos llevaban al salón de actos, donde efectuábamos la entrega de pequeños ramos de flores a la Virgen María, que nuestras madres nos habían preparado, al mismo tiempo que cantábamos: *Ave, ave, ave María. Ave, ave, ave María*. Un estribillo que repetíamos al terminar las estrofas que normalmente se le cantan a Ntra. Sra. la Virgen de Fátima, cuya fiesta se celebra el día 13 de ese mes de mayo, fecha de una de las apariciones de la Virgen a los tres pastorcitos, en tierras de Portugal.

La placidez del mes de mayo daba paso al nerviosismo del mes de junio. En una sola semana el ambiente escolar cambiaba totalmente. De repente nos dábamos cuenta que en quince días, más o menos, se nos venían encima los exámenes. Nos amenazaba una auténtica tortura, cuya intensidad era mayor a partir de los catorce años. Teníamos que repasar lo estudiado durante todo el curso, y ya no había tiempo para juegos ni zarandajas, sólo hincar los codos en cuanto llegábamos a casa; hasta la merienda perdía interés. Si los exámenes iban a ser escritos, entonces ¡vaya que vaya! pero si se nos anunciaba que las pruebas serían orales, entonces hasta nos temblaban las piernas. Bueno, luego todo pasaba dentro de los cauces más normales y conseguíamos aprobar.

Desde los párvulos en Enseñanza Primaria, hasta los mayorcitos en Bachiller Superior, si hacíamos alguna travesura o no nos comportábamos educadamente, de acuerdo con los cánones institucionales, recibíamos un correctivo. Ese correctivo podía ser más o menos riguroso, según el grado de la falta cometida. De entre los castigos, los más frecuentes eran los tirones de orejas y los golpes con la regla en la palma de la mano (algún cura calvo, con un palo de corta longitud); en ocasiones el castigo consistía en retenernos dentro del aula, después que terminaban las clases, durante unos minutos, a veces hasta una hora, estudiando; otras veces nos ponían de rodillas, casi siempre de cara a la pizarra; y no faltaron las situaciones en que nos colocaban un par de capones. Pero lo más desagradable era cuando algún cura te pegaba, impunemente, una tremenda bofetada en la cara, con o sin razón, delante de todos los compañeros.

Cumplidos los catorce años muchos de los gratuitos, terminada la etapa de enseñanza primaria, marchaban a formarse como profesionales de la industria, en la Escuela de Aprendices de Construcciones Aeronáuticas, algunos a otras fábricas como

LOS QUE FUIMOS AL COLEGIO Y TAMBIÉN A MISA

aprendices, otros a los comercios, y no faltaban los que se iban con sus familiares a trabajar en las huertas y en el campo. Los más afortunados terminábamos el Bachillerato Elemental (con el riguroso examen de Reválida en el Instituto San Isidro de Madrid) y podíamos optar por estudiar Magisterio, o bien seguir hasta completar el Bachillerato Superior, y haciendo un año más, el Preuniversitario, ya se podía pasar a la Universidad.

Finalizados los estudios salíamos del colegio con 16 años, aproximadamente, creyéndonos ya maduros, sin embargo solamente éramos unos tiernos adolescentes barbilampiños e inexpertos, que hasta uno o dos años atrás vestíamos pantalones cortos. Y resulta que la mayoría salíamos renegando de los curas, de las misas diarias, de los rosarios y de las letanías de los sábados, y hasta de los ejercicios espirituales durante la Semana Santa; jornadas religiosas a las que habíamos estado sometidos, de modo obligatorio, durante unos cuantos años. Aunque sólo fuera por pura rebeldía juvenil, casi certificábamos que no volveríamos a oír misa, nunca más en nuestras vidas.

Transcurridos ya más de once lustros, o sea cincuenta y muchos años después, hoy puedo encontrarme por la calle con antiguos compañeros de fatigas y, a veces, paramos unos minutos para charlar sobre cosas de aquellos años, pasados con curas y maestros. Las conversaciones, casi siempre, giran nostálgicamente alrededor de temas parecidos. Pasamos el tiempo rememorando momentos y circunstancias particulares, realmente entrañables, con anécdotas del tiempo vivido entre las paredes del Colegio, ocurridas en las aulas, en los pasillos, en el frontón, en el parque, durante la proyección de películas en el salón de actos, o incluso en las capillas y hasta en la misma Iglesia.

Luego, en el particular retiro de mi intimidad, me pongo a recapitular sobre lo hablado, repasando meticulosamente, con deleite y añoranza, los episodios recordados, en las diferentes ocasiones, con distintos excompañeros, unas veces de mi curso y otras también con antiguos alumnos de cursos anteriores o posteriores. Y lo más curioso del caso es, que prácticamente todos se enorgullecen de su estancia como alumnos, en el Colegio de los PP. Escolapios. Los que fueron alumnos de pago se jactan de que ellos fueron pagando, porque pertenecían a familias acomodadas; los alumnos becarios aún presumen que ellos, principalmente de familias de militares, sacaban adelante los estudios hincando los codos. Respondiendo, en cierto modo, a los famosos tópicos de que los pobres siempre son más listos que los ricos, los que disfrutaron de becas se consideran algo más inteligentes que los de pago. Los que más hacían “novillos”, fanfarronean de sus fechorías e impuntualidades; los que ayudaban a misa, presumen de haber sido monaguillos; y los que se escapaban para no asistir a los actos religiosos, alardean de espabilados e irreverentes. El caso es que, de alguna manera, prácticamente todos, se ufanan (y *presumimos*) de haber pasado unos años de infancia y adolescencia bajo la tutela de una educación escolapia, cuya prolongada sombra, aún en el presente, continúa abrigando en nuestra memoria, gran cantidad de excelentes recuerdos.

Aunque supongo que ha quedado lo suficientemente claro, debo indicar que yo me encontraba entre los chicos afortunados, que fuimos al Colegio de los Escolapios, primero en los gratuitos y cumplidos los diez años en el Bachillerato, como becario, hasta terminar el Bachillerato Superior y aprobar la Reválida en septiembre de 1958. Adiós al Colegio, adiós.

FIN DE LA PRIMERA PARTE

SEGUNDA PARTE:

Los que nos enseñaron y con paciencia trataron de educarnos, en aquellos tiempos del pasado siglo XX.

Ni todos los maestros ni todos los curas eran iguales, que de todo siempre hubo en la viña del Señor. De los maestros y profesores siempre se tuvo un buen concepto, bien es cierto que alguno destacó como mandón y un par de ellos como aficionados al buen beber. De entre los que vestían negra sotana y cubrían sus cabezas tonsuradas con bonete, o sea los curas, generalmente se tenían buenas opiniones, aunque las habladurías nunca faltaron tildando a alguno de ellos de homosexual. Lo cierto es que tanto entre maestros como entre sacerdotes, unos se distinguían por su sabiduría, otros por su rectitud, otros por su bondad, algunos por su paciencia, también los había un tanto acomplejados y por supuesto algún místico; pretenciosos y hasta borrachines, también los hubo entre ellos; tampoco faltaba aquel que, con grandes dosis de mala leche, confundía el orden disciplinario para adolescentes, con un autoritarismo más propio de los tiranos, que de la caridad cristiana, inspirada en los centros de educación religiosos, como por ejemplo en los salesianos. Es seguro que este último tipo de ejemplar citado, por supuesto cura, en ningún momento tuvo presentes los postulados del ideólogo y fundador de la Orden, el admirable San José de Calasanz.

Lista de profesores, sucintamente comentada:

- D. Antonio Rueda. El Sapo. Daba Matemáticas, Física y Química. Gustaba de tomar buenas cañas de vino blanco.
- D. Cipriano. Maestro de primaria. Exseminarista, rezaba el rosario a gran velocidad.
- D. Francisco (el flaco). Daba Matemáticas. Presumía de enamorar a algunas marquesas.
- D. Francisco (el gordo). Daba Matemáticas. El Tripa. Destacaba por su barriga y por el violáceo color de su cara. Buen cliente de la Taberna de Lino. Le gustaba el vino tinto.
- D. Francisco Güemes. El Hueso. Algo déspota. Terminó siendo empleado en Siemens.
- D. Francisco Navarro. El Cero Quique. Daba Francés. Republicano.
- D. Juan Antonio. Ginesito. Maestro de primaria. Los chicos le sacaron una cancioncilla.
- D. Juan José. Daba Matemáticas. Famosa fue la celebración de un bautizo, durante la cual arrojaba billetes de una peseta, desde el balcón que había sobre la taberna de Lino.
- D. Justino. Maestro de primaria y luego Profesor de Geografía e Historia.
- D. Luis Díez. Sobrino del Padre Matías. Daba Matemáticas.
- D. Luis Hernáez. Maestro de primaria y luego Profesor de Latín y de Lengua. Era un reconocido poeta.
- D. Mario. Daba Educación Física.
- D. Nicasio. Excelente Maestro de primaria.
- D. Santiago Fernández Olivares. Daba Formación del Espíritu Nacional. Falangista.

LOS QUE FUIMOS AL COLEGIO Y TAMBIÉN A MISA

Lista de curas, sucintamente comentada:

Hermano Gonzalo. Encargado de la Escolanía.

Hermano Santiago. Encargado de la Sastrería y además era también el maquinista que se ocupaba de proyectar las películas de cine, en el salón de actos.

Padre Alfonso. De los de manga ancha: de penitencia, siempre, tres Ave María.

Padre Alonso. De los de manga ancha y buen degustador del vino de celebrar.

Padre Amezcua. Daba Lengua y Literatura. El padre Manuel Amezcua era ameno y cariñoso, a veces nos castigaba con suaves capones con el bonete y se dormía en clase con cierta frecuencia.

Padre Andrés. El Gusa. Fray Calvo. Fray Chorda. Daba Latín. Uno de los mayores enemigos de los chavales; llevaba siempre consigo un palo de unos 30 cm. de largo y de 2 cm. de diámetro, para pegar a los muchachos. Los alumnos le premiaban descargando la tinta de las estilográficas sobre su sotana, cuando estaba de espaldas.

Padre Antonino. Prefecto de internos y más tarde preceptor de novicios.

Padre Burriel. Padre Prefecto que sucedió al anterior Padre Prefecto Juan de Dios.

Padre Cesar. “Pos dilu”. Daba Literatura. Era el encargado de la vaquería. Un verdadero currante; su sotana siempre desprendiendo aromas con olor a vacas.

Padre Clemente. Cleto. Daba Geografía. Era el encargado de Secretaría y de la librería.

Padre Eduardo. Prefecto de externos.

Padre Eugenio. Prefecto de externos en Primaria.

Padre Galán. El más anciano de todos. El Rvdo. Padre Manuel Galán Encinar falleció en el Colegio y su féretro fue expuesto en el hall de portería.

Padre Guerra. Un gigante. Nos escenificaba al tremendo pisar de los buzos. Literatura.

Padre Gonzalo. El Conejo. Fue Rector del Colegio, sustituyendo al Padre Turiel.

Padre Isidro. Fue ordenado en la Iglesia del Colegio. Le encantaba jugar al fútbol.

Padre Juan de Dios. El gran padre Prefecto de todo el Colegio. Dictador y desalmado. Con instintos de boxeador tramposo. A la más mínima hacía aparecer su violencia.

Padre Juan Díaz. Daba Matemáticas y Lengua. Excelente lanzador del cepillo de limpiar las pizarras. Con gran puntería logró escalabrar a más de un alumno.

Padre Leopoldo. Daba Lengua, Geografía e Historia.

Padre Matías. El Pipa. Daba Matemáticas. Sobrio y austero. Se le podía ver sentado, algunas tardes, a la puerta de la Tahona El Siglo, pues eran familiares suyos.

Padre Miguel. Algunas habladurías decían que fue expulsado del Colegio por inmoral.

Padre Olea. Daba Religión. Un verdadero santo. Su apellido era el acróstico de las órdenes menores: Ostiario, Lector, Exorcista y Acólito.

Padre Oscar. Pajarito. Daba Filosofía. Gran defensor del Régimen.

Padre Pinilla. Daba Latín y Lengua. Le atacaban las flemas, producidas por el asma o por una enfermedad de los bronquios; sacaba un pañuelo como una bolsa y las arrojaba.

Padre Rufino. Entendido en cuestiones de ganado vacuno. Familiar de la Sra. Eloína y del Sr. Gildo, que tenían despacho de leche en su piso de la Calle Felipe Estévez.

Padre Turiel. El buen Padre Rector.

Padre Vicente. Daba Religión.

LOS QUE FUIMOS AL COLEGIO Y TAMBIÉN A MISA

Es posible que haya olvidado alguno, no estoy seguro, pero estos fueron nuestros educadores (curas, maestros y profesores), allá entre los años 1948 y 1958, en el Colegio de la Inmaculada de los PP. Escolapios, de un Getafe agrícola e industrial, que apenas rondaba los 10.000 habitantes, en su censo municipal. Entre ellos hubieron algunos que dejaron su impronta en la mente de sus alumnos; los más por su categoría como buenos instructores, otros por sus lecciones magistrales, algunos por su excesivo autoritarismo y no faltó tampoco el que rozaba la lascivia.

Pasados los años nos resulta prácticamente imposible dejar de reconocer que, al menos y al igual que en la Parábola del Sembrador, dejaron esparcidas las simientes de una moral, una disciplina y unos valores, hoy en día casi olvidados.

Por eso y por su encomiable labor, dejando de lado aquellos correctivos, a veces recibidos injustamente, quiero desde estas cortas líneas, rendirles mi humilde homenaje, como reconocimiento a su abnegada dedicación vocacional. ¡Gracias, muchas gracias!

Finalizando ya este escrito justo es indicar que, el fundador de las Escuelas Pías, San José de Calasanz (1557-1648), fue el creador de un sistema de enseñanza gratuita, pionero en todo el mundo, dirigido a niños de cualquier clase social, especialmente a los más desfavorecidos, incluso de diferentes creencias religiosas.

*Las campanas repican vibrantes,
Calasanz, volteando en tu honor,
y los cirios te ofrecen temblantes
en tu altar su poema de amor.*

*Así quieren tus hijos queridos
sobre el son de las torres cantar
y con besos de amantes latidos
ser los cirios que alumbren tu altar.*

*Gloria y honor, gloria y amor a Calasanz
Gloria y honor, gloria y amor a Calasanz*

FIN

En Torrevieja (Alicante), verano del 2014.

Lamberto Sanz Esteras.
(Antiguo alumno)